Número oculto

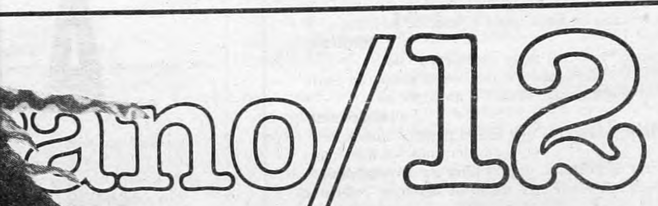
Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos digitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de digitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
8	4		2	4	0
1	9	4	8	0	2
2	4	3	8	1	2
4	7	0	3	1	1
8	5	3	6	1	0
7	1	5	2	1	0
1	8	3	9	0	1

SOLUCION / Pág. 4

MI HIJA MAYOR VA A BUENOS AIRES

Página/2/3



Taxi

(Por Ana Maugeri) Tomo un taxi. Al subir me recuerdo con un hermoso vestido negro, ceñido al cuerpo, escotado y con brillo. Diez de la noche en un taxi que me llevaba a una fiesta, el chofer intenta una conversación pero mis monosílabos de respuesta lo desalientan. Luces, muchas luces y el taxi para. Pago y bajo con cierto temblor en mi labio inferior. Una gota de sudor baja por mi axila izquierda mientras cierro la puerta del coche. Miro donde estoy parada y subo a la vereda sintiendo que mis esfínteres están más flojos que normalmente. Me mentalizo, me digo estás en una situación muy romántica, en una película donde el mejor de los galanes va a buscarte para casarse con vos. Tiro los hombros hacia atrás, levanto ligeramente la cabeza, me humedezco los labios, entrecierro los ojos, me revuelvo el pelo y avanzo, no me detengo a observar, avanzo entre miradas y comentarios. Pienso sólo en él y en mi brillante vestido negro, ceñido y escotado, muy escotado, y en esa noche, la fiesta, la gente, la música, sí, la música suena muy fuerte, la escucho, escucho: "Señora, ¿me dijo Coronel Díaz y Santa Fe?", la voz del taxista y me digo que la vida no es una película. Pagué con cambio y bajé.

MI HIJA MAYOR
A BUENOS AIR

POR ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

Desde hace más de dos décadas el poeta cubano Roberto Fernández Reta
Casa de las Américas de La Habana. Como suele suceder en estos casos, sus e
Argentina de a saltos. Lo que sigue es un reciente poema suyo en el que recuerda
intelectual porteño cuando él lo conoció. Muchos nombres conocidos entonces: una
Elena Walsh, el desprecio de Victoria Ocampo a un comunista, la lealtad de José B
por Martínez Estrada, su amistad con Rodolfo Walsh. Una mirada desde afuera sob
ni se miraban.

Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando en 1961 estuve por primera vez allí
Y en el vestíbulo del hotel, recién llegado y a sus ojos muy joven,
Fryda Schultz tan fina, tan dibujada
Me dijo que mantenía correspondencia con mi padre,
De quien había recibido un libro de poemas,
Y me vi obligado a responderle que cuando yo era niño
Mi padre había publicado un libro, pero a pesar de su bella
[dedicatoria
A Obdulia, mi madre, "que con tanta abnegación" lo
[ayudaba "a sostener el peñón de Sisifo"
(¿Tendré que añadir que entonces Albert Camus era un
[adolescente?),
Y a sus hijos, es decir a nosotros que con el tiempo íbamos a
[considerarnos los Karamazov,
A pesar, digo, de esa dedicatoria, era un libro de contabilidad,
Y también a pesar de que él era más digno de mantener relaciones
[con ella que yo,
Era conmigo que ella se carteaba,
Y era mío el libro que ella había recibido.
Después conocí a mis hermanos destinados,
Como Juancito Gelman, que me regaló sus breves y ya
[estremecedores libros primeros,
Y en *El juego en que andamos* me puso esta dedicatoria:
"A Roberto/ revolución de por medio/ tu hermanísimo/ Juan/
[Baires, diciembre '61",
Y empezamos a intercambiarnos poemas/ cartas del uno para el
[otro,
Y su poesía/ su dolor/ sus preguntas crecieron tanto que su luz/
[su sombra se extiende sobre todo el continente;
Como Paquito Urondo que, al igual que Juancito y tantos otros
[poetas entrañables,
Había nacido en 1930, el mismo año que yo,
Y ya había publicado un libro con el título de otro que yo iba a
[publicar,
Aunque el suyo, por supuesto, me gusta más,
Y un día, quizás en su último poema,
Conversó conmigo por aquellos versos sobre los hombres de
[transición,
Seguramente sin saber que tales versos a su vez
Eran resultado y parte de una conversación inconclusa que tuve
[con el Che,
Y otro día iba a morir combatiendo
Y yo le escribiría un llanto que quise terminar con esperanza,
Pero sé, porque él me lo escribió desde Caracas,
Que entristeció al sempiterno joven León Rozichtner;
A Rodolfo Walsh ya lo había conocido en La Habana, cuando con
[Massetti, Gabo y otros tercos locos llevaban adelante *Prensa*
[*Latina*:
Rodolfo me presentó a la entrada de una pequeña librería
[habanera a Waldo Frank,
Cuyo amoroso libro sobre Cuba iba a contribuir tanto a alterar el
[destino de mi Julio Cortázar,
Que en los últimos veinte años de su vida
Formó completamente parte de la nuestra en las alegrías y en los
[dolores, en los aciertos y en los desaciertos, en los que
[aprendíamos/ y en los que desaprendíamos.
A César Fernández Moreno, a Haroldo Conti, a Mimí Langer,
Para sólo nombrar aquí a algunos hermanos idos,
Los conocí en La Habana, y volví a verlos en Francia, en México,
[en muchas partes:
César murió como de un rayo del corazón, que debe ser la muerte
[de los elegidos de los dioses;
Julio y Mimí fueron carcomidos por atroces y minuciosas
[enfermedades
De las que me escribían con sereno valor, como si estuvieran
[hablándome de cosas impersonales;
A Rodolfo y a Haroldo me los desaparecieron, me los asesinaron,
Y nadie sabe dónde quedaron sus huesecitos, su polvo.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando en casa de María Rosa Oliver, con ella y Ernesto Sabato
Y la linda gente de *El Grillo de Papel* o *El Escarabajo de Oro*, es
[decir de lo mismo,
Proyectamos una revista latinoamericana
Como la que habíamos proyectado el año anterior Edouard
[Glissant y yo
En París, sobre todo en casa de Fifa Soto,
Y como la que volveríamos a proyectar
Con Miguel Angel Asturias, José María Arguedas, Angel Rama y
[otros amigos en Génova, en enero de 1965.
En ninguno de los tres casos el proyecto se hizo realidad,
Y cuando en marzo de ese año 1965 viajé por azar con el Che de
[Praga a La Habana,
Le hablé de tal revista de letras e ideas
Que no comprometiera a gobiernos ni a partido,
Y él me dijo que sí, que debía ser una revista dirigida por un
[inconsciente:
Yo le respondí que eso mismo, y rompimos a reír como
[muchachos;
Poco tiempo después de nuestro regreso,
Haydée Santamaría puso en mis manos la revista *Casa de las*
[*Américas*
Y le mandé al Che, al Ministerio de Industrias unas líneas urgentes
[para decirle que ya teníamos revista,
Y además le mandé una carta polémica e inútil y aquel poema que
[comentó Paquito Urondo,
Aquel poema casi tan largo como presumo que será éste;



MI HIJA MAYOR VA A BUENOS AIRES

POR ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

Desde hace más de dos décadas el poeta cubano Roberto Fernández Retamar dirige la Casa de las Américas de La Habana. Como suele suceder en estos casos, sus escritos llegan a la Argentina de a saltos. Lo que sigue es un reciente poema suyo en el que recuerda cómo era el campo intelectual porteño cuando él lo conoció. Muchos nombres conocidos entonces: una joven llamada María Elena Walsh, el desprecio de Victoria Ocampo a un comunista, la lealtad de José Bianco, la admiración por Martínez Estrada, su amistad con Rodolfo Walsh. Una mirada desde afuera sobre los que, adentro, ni se miraban.



Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando en 1961 estuve por primera vez allí
Y en el vestíbulo del hotel, recién llegado y a sus ojos muy joven,
Fryda Schultz tan fina, tan dibujada
Me dijo que mantenía correspondencia con mi padre,
De quien había recibido un libro de poemas,
Y me vi obligado a responderle que cuando yo era niño
Mi padre había publicado un libro, pero a pesar de su bella
[dedicatoria
A Obdulia, mi madre, "que con tanta abnegación" lo
[ayudaba "a sostener el peñón de Sísifo"
(¿Tendré que añadir que entonces Albert Camus era un
[adolescente?),
Y a sus hijos, es decir a nosotros que con el tiempo íbamos a
[considerarnos los Karamazov,
A pesar, digo, de esa dedicatoria, era un libro de contabilidad,
Y también a pesar de que él era más digno de mantener relaciones
[con ella que yo,
Era conmigo que ella se carteaba,
Y era mío el libro que ella había recibido.

Después conocí a mis hermanos destinados,
Como Juancito Gelman, que me regaló sus breves y ya
[estremecedores libros primeros,
Y en *El juego en que andamos* me puso esta dedicatoria:
"A Roberto/ revolución de por medio/ tu hermanísimo/ Juan/
[Baires, diciembre '61",
Y empezamos a intercambiarnos poemas/ cartas del uno para el
[otro,
Y su poesía/ su dolor/ sus preguntas crecieron tanto que su luz/
[su sombra se extiende sobre todo el continente;
Como Paquito Urondo que, al igual que Juancito y tantos otros
[poetas entrañables,
Había nacido en 1930, el mismo año que yo,
Y ya había publicado un libro con el título de otro que yo iba a
[publicar,
Aunque el suyo, por supuesto, me gusta más,
Y un día, quizás en su último poema,
Conversó conmigo por aquellos versos sobre los hombres de
[transición,
Seguramente sin saber que tales versos a su vez
Eran resultado y parte de una conversación inconclusa que tuve
[con el Che,
Y otro día iba a morir combatiendo
Y yo le escribiría un llanto que quise terminar con esperanza,

Pero sé, porque él me lo escribió desde Caracas,
Que entristeció al sempiterno joven León Rozichtner;
A Rodolfo Walsh ya lo había conocido en La Habana, cuando con
[Massetti, Gabo y otros tercos locos llevaban adelante *Prensa*
[*Latina*:
Rodolfo me presentó a la entrada de una pequeña librería
[habanera a Waldo Frank,
Cuyo amoroso libro sobre Cuba iba a contribuir tanto a alterar el
[destino de mi Julio Cortázar,
Que en los últimos veinte años de su vida
Formó completamente parte de la nuestra en las alegrías y en los
[dolores, en los aciertos y en los desaciertos, en los que
[aprendíamos/ y en los que desaprendíamos.

A César Fernández Moreno, a Haroldo Conti, a Mimí Langer,
Para sólo nombrar aquí a algunos hermanos idos,
Los conocí en La Habana, y volví a verlos en Francia, en México,
[en muchas partes:
César murió como de un rayo del corazón, que debe ser la muerte
[de los elegidos de los dioses;
Julio y Mimí fueron carcomidos por atroces y minuciosas
[enfermedades
De las que me escribían con sereno valor, como si estuvieran
[hablándome de cosas impersonales;
A Rodolfo y a Haroldo me los desaparecieron, me los asesinaron,
Y nadie sabe dónde quedaron sus huesecitos, su polvo.

Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando en casa de María Rosa Oliver, con ella y Ernesto Sabato
Y la linda gente de *El Grillo de Papel* o *El Escarabajo de Oro*, es
[decir de lo mismo,
Proyectamos una revista latinoamericana
Como la que habíamos proyectado el año anterior Edouard
[Glissant y yo
En París, sobre todo en casa de Fifa Soto,
Y como la que volveríamos a proyectar
Con Miguel Angel Asturias, José María Arguedas, Angel Rama y
[otros amigos en Génova, en enero de 1965.
En ninguno de los tres casos el proyecto se hizo realidad,
Y cuando en marzo de ese año 1965 viajé por azar con el Che de
[Praga a La Habana,
Le hablé de tal revista de letras e ideas
Que no comprometiera a gobiernos ni a partido,
Y él me dijo que sí, que debía ser una revista dirigida por un
[inconsciente:
Yo le respondí que eso mismo, y rompimos a reír como
[muchachos;
Poco tiempo después de nuestro regreso,
Haydée Santamaría puso en mis manos la revista *Casa de las*
[*Américas*
Y le mandé al Che, al Ministerio de Industrias unas líneas urgentes
[para decirle que ya teníamos revista,
Y además le mandé una carta polémica e inútil y aquel poema que
[comentó Paquito Urondo,
Aquel poema casi tan largo como presumo que será éste;
Pero el Che estaba preparándose para irse de Cuba o ya se había
[ido,
Y empezó a hacerme hasta hoy, hasta siempre una falta sin fondo,
Como le dijo César Vallejo a Miguel, su hermano muerto.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando el bondadoso, el querido Pepe Bianco
Me llevó a la sede de una institución que se decía o dice cultural,
Y al llegar vimos que le estaban ofreciendo un almuerzo
A los escritores que asistían a la reunión más bien tonta
Para participar en la cual (lo que no hice, enjoyándome en cambio
[con amigas y amigos) yo había ido a Buenos Aires,
Pero no estaba invitado a ese almuerzo supongo que porque yo
[era, soy, seré siempre
Revolucionario de Cuba, es decir, para ciertas gentes, un leproso,
Alguien que sobra o que molesta o ambas cosas a la vez.
Pepe y yo nos quedamos confundidos, sin saber cómo íbamos a
[salir con elegancia de una situación tan embarazosa,
Cuando vimos de pronto que se levantaba de la mesa
Una muchacha bella como la primavera
Cuyos versos yo había leído y admirado,
Cuyo rostro yo había visto fotografiado
En el precioso número triple con que la revista *Sur*
Celebró sus primeros veinte años creadores,
Y ese rostro era el mismo de mi cuñada de ojos claros que era
[y es mi hermana,
Y aquella muchacha valiente nos tomó del brazo a los estupefactos
[Pepe y yo
Y nos llevó a una confitería a tomar creo que té;
Aquella muchacha naturalmente entró en mi alma para siempre,
Y en esa "torpe intensidad" mía, además de en otros sitios más
[visibles, ha estado viviendo,
Y se llama como podría o debería llamarse la luz,
Es decir, María Elena, al igual que mi cuñada gallega,
Walsh, al igual que Rodolfo y sus humillados irlandeses:
Los tres, pulsiones trasatlánticas de los legendarios celtas.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando Victoria Ocampo me invitó a cenar en San Isidro
Y mandó su chofer a mi hotel para buscarme,
Y en la cena discutí como era previsible con H. A. Murena,
Sobre (contra) un libro del cual unos años atrás
Había publicado yo unas páginas en la revista *Orígenes*
Esa noche o en otra ocasión, quizás en la oficina de su revista,
Victoria me dio su atinada y restringida traducción de *Mint*, de
[T. E. Lawrence,
Y además me dijo que pensaba dedicar un numero de *Sur*
Contra la recién nacida revolución de Cuba,
Ruidosa, desordenada, temeraria, inexperta, enardecida gaviota
[arrojándose contra la tempestad,
Y yo le comenté a Victoria que eso la enemistaría con los
[intelectuales latinoamericanos,
Con los gallardos intelectuales latinoamericanos de aquel
[momento,
Y además, que cómo era posible que si ella admiraba tanto a
[Lawrence el árabe, a Aurans Bey,
Como también lo admiraba Malraux, como también lo admiraba
[yo,
No comprendiese que Lawrence, desaparecido en accidente
[motociclístico
Con el nombre del oscuro sargento Shaw
(¿Un inesperado homenaje suyo a G.B.S.?),
Quizá no hubiera desaparecido del todo, quizá de alguna forma
[sobrevivía en alguien nacido precisamente en la Argentina,
Y que vivía por el momento en Cuba, donde tanto se le amaba,
[con el nombre de Ernesto Guevara, y sobre todo el Che,
Quien había escrito el libro *La guerra de guerrillas*
No indigno de pertenecer a la familia de *Los siete pilares de la*
[*sabiduría* y *Rebelión en el desierto*;
Que ella leyera, por favor, en el libro del Che las líneas sobre la
[falta de sal en la guerrilla,
Comparables con líneas de los místicos cuando hablan de la aridez
[del alma;
Y luego no sé queé pasó en el vasto y noble corazón de la
[verdadera Victoria,
Quiero decir, de la que no sólo fue amada en su cuerpo bello por
[muchos hombres que la recordaron siempre,
Como el arduo suicida en cuyo homenaje un número de *Sur*
[incluyó sin más comentario
Una hoja suelta con la reproducción de Giles de Watteau,
O como me comentó en la primavera de 1967, en París, Jacques
[Lacan, famoso entonces como un cantante de moda,
Al evocarme aquella vez en que la gran argentina le preguntó,
[siendo el muy joven, si quería hablar por teléfono con Ortega,
Sino de la que también fue amada en su alma no menos bella
Por hombres de la envergadura de mi maestro Ezequiel Martínez
[Estrada,
Quien vivió en Cuba durante la invasión de Playa Girón, durante
[la Crisis de Octubre,
Y al regresar a su país me regaló los libros que había recibido en
[el mío,
Algunos cariñosamente dedicados a él por Victoria;
No sé lo que pasó en el corazón de ella
Pero sí sé que aquel comentado número de *Sur* previsiblemente
[triste nunca llegó a ser publicado;
Y también sé que a mi regreso a La Habana
Nuestro canciller, Raúl Roa me telefoneó con un poco de
[vergüenza,
El, que era tan espléndidamente desvergonzado,
Para decirme que el Che, enterado no sé cómo de aquella
[conversación, le había pedido
Que le transmitiera a ese flaco de Retamar
Que si seguía hablando basura por ahí
Iba a verse obligado a no dejarlo salir más de Cuba:
Aunque en realidad no hizo nada parecido, y seguí saliendo y
[entrando alguna vez incluso con él mismo,
Y seguí hablando lo que en aquella ocasión le pareció basura
Y no creo que lo fuera al menos del todo,
Y además sigo pensando en esencia lo mismo.
Y además aquel número de *Sur* felizmente no llegó a publicarse.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando Miguel Angel Asturias, a quien yo había recibido en el
[aeropuerto de La Habana una madrugada de 1959,
Me ofreció una cena en su apartamento bonaerense,
Una cena de la que recuerdo a muchas personas,
Y sobre todo a Estela Canto, quien se paró de cabeza para
[hablarme
Y luego me dejó con dedicatoria en que mencionó al sol de Cuba
[su novela *En la noche y el barro*
Y muchos años después me conmovería con su libro *Borges a*
[*contraluz*, comentado por el joven Andrés Zavala.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando, no queriendo ser un turista, pero ávido de conocer la
[ciudad,
Paseé por los sitios por los que de seguro paseará ella,
Como el Parque Lezama, ante el cual quizá piense como pensé yo
[que debía llamarse Parque Lezama Lima,
En homenaje al inmenso amigo de sus padres
Que le regaló a ella con sólo pocos meses la cucharita del paladeo,
[según decían,
Su primera y hasta ahora única cuchara de plata;
Corrientes insomne, latiendo como un corazón;
La Plaza de Mayo, ahora y hace tiempo lacerante con sus madres
[y abuelas de sombras, de corajes,
Para las que David Viñas tuvo la audaz sensatez de pedir el
[Premio Nobel, lo que sólo pareció tonto a los tontos irredimibles;
Florida, que parece una calle disfrazada de la simpática aunque
[algo vana calle Florida.
La Boca popular, con la estela de su gotán caminador en el pecho;
El río inmóvil color de león junto a la ciudad;
El primer puente de Constitución y a sus pies
Un impresionante poema que quiso ser una sola palabra;
Y por supuesto las otras estrellas, que fascinaron a los
[conquistadores
Y siglos más tarde a un poeta francés nacido, aunque poco, en
[Cuba,
Estrellas que tuve la felicidad de ver desplegadas sobre una
[estancia no muy lejos de Buenos Aires,
Una estancia de la que he retenido, además de las estrellas, una
[alta magnolia, el brillo de una biblioteca,
La risa de una muchacha esbelta, creo que parienta de Güiraldes,
[y dos o tres cuadros de Figari.
Mi hija mayor y mi otra hija, su bella y profunda hermana,
Aunque no son personas de letras y artes y desvaríos como sus
[padres,
Sino personas de ciencias y otros desvaríos como ellas mismas,
Tuvieron la dicha de crecer oyendo
La pájara pinta, Canción del estornudo, La vaca estudiosa, La
[*mona Jacinta, El brujito*,
y luego *Vals del diccionario, Zamba para Pepe, El '45, Los*
[*ejecutivos*,
Y más tarde aun la dicha de oír y a menudo ver
a Mercedes Sosa, a quien llaman La Negra, aunque los negros en
[Cuba no son como ella,
a Cipe, a Nacha, a Piazzolla, a Les Luthiers, a Fito, a Gieco
Y admiraron en películas, y alguna vez en la vida llamada real,
A la China Zorrilla, que como Lautréamont, Quiroga, Gardel o
[Supervielle tiene más de una patria,
A Susú, a Graciela Dufau, a Pavlovsky, a Luppi, a Brandoni,
Y a su tiempo leyeron cierta agradecible antología de la literatura
[fantástica,
Y otra menos imaginativa de mis queridos vampiros,
Muchos volúmenes de *El séptimo círculo, Ficciones, La invención*
[*de Morel, Los hombres de a caballo, Triste, solitario y final*, o
[*El placer inglés*,
Aunque desgraciadamente aún no el fabuloso *Mascaró el cazador*
[*americano*.
Por todo lo cual la Argentina no es para ellas una tierra incógnita,
[como la Atlántida o Mompracem.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Donde la acogerán amigos como príncipes,
Que es lo que serán un día, por desgracia lejano, todos los
[hombres y todas las mujeres,
Y mi hija mayor tendrá allí experiencias tan inolvidables como las
[que tuve
Hace treinta años en La Reina del Plata,
Según la nombraba la vieja cursilería en que también me formé.
O como le diga ahora la nueva, es decir peor cursilería,
De acuerdo con ciertas modas que suelen llegar un poquito tarde a
[nuestros pagos
Y mi hija mayor probablemente escribirá sus experiencias, esta vez
[sobre todo con su psi,
Cuando mi nieta visite Buenos Aires con la edad que mi hija tiene
[ahora,
Y acaso ponga como exergo de su crónica
Unos versos como éstos memorables (suyo es también el adjetivo)
[que Borges consagró a su ciudad:
"No nos une el amor sino el espanto;
Será por eso que la quiero tanto".

La Habana-Santo Domingo,
6 y 27 de octubre de 1991

VA
ES

mar dirige la
scritos llegan a la
cómo era el campo
joven llamada María
anco, la admiración
re los que, adentro,

Pero el Che estaba preparándose para irse de Cuba o ya se había
[ido,
Y empezó a hacerme hasta hoy, hasta siempre una falta sin fondo,
Como le dijo César Vallejo a Miguel, su hermano muerto.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando el bondadoso, el querido Pepe Bianco
Me llevó a la sede de una institución que se decía o dice cultural,
Y al llegar vimos que le estaban ofreciendo un almuerzo
A los escritores que asistían a la reunión más bien tonta
Para participar en la cual (lo que no hice, enjoyándome en cambio
[con amigas y amigos) yo había ido a Buenos Aires,
Pero no estaba invitado a ese almuerzo supongo que porque yo
[era, soy, seré siempre
Revolucionario de Cuba, es decir, para ciertas gentes, un leproso,
Alguien que sobra o que molesta o ambas cosas a la vez.
Pepe y yo nos quedamos confundidos, sin saber cómo íbamos a
[salir con elegancia de una situación tan embarazosa,
Cuando vimos de pronto que se levantaba de la mesa
Una muchacha bella como la primavera
Cuyos versos yo había leído y admirado,
Cuyo rostro yo había visto fotografiado
En el precioso número triple con que la revista *Sur*
Celebró sus primeros veinte años creadores,
Y ese rostro era el mismo de mi cuñada de ojos claros que era
[y es mi hermana,
Y aquella muchacha valiente nos tomó del brazo a los estupefactos
[Pepe y yo
Y nos llevó a una confitería a tomar creo que té;
Aquella muchacha naturalmente entró en mi alma para siempre,
Y en esa "torpe intensidad" mía, además de en otros sitios más
[visibles, ha estado viviendo,
Y se llama como podría o debería llamarse la luz,
Es decir, María Elena, al igual que mi cuñada gallega,
Walsh, al igual que Rodolfo y sus humillados irlandeses:
Los tres, pulsiones trasatlánticas de los legendarios celtas.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando Victoria Ocampo me invitó a cenar en San Isidro
Y mandó su chofer a mi hotel para buscarme,
Y en la cena discutí como era previsible con H. A. Murena,
Sobre (contra) un libro del cual unos años atrás
Había publicado yo unas páginas en la revista *Orígenes*
Esa noche o en otra ocasión, quizás en la oficina de su revista,
Victoria me dio su atinada y restringida traducción de *Mint*, de
[T. E. Lawrence,
Y además me dijo que pensaba dedicar un numero de *Sur*
Contra la recién nacida revolución de Cuba,
Ruidosa, desordenada, temeraria, inexperta, enardecida gaviota
[arrojándose contra la tempestad,
Y yo le comenté a Victoria que eso la enemistaría con los
[intelectuales latinoamericanos,
Con los gallardos intelectuales latinoamericanos de aquel
[momento,
Y además, que cómo era posible que si ella admiraba tanto a
[Lawrence el árabe, a Aurans Bey,
Como también lo admiraba Malraux, como también lo admiraba
[yo,
No comprendiese que Lawrence, desaparecido en accidente
[motociclístico
Con el nombre del oscuro sargento Shaw
(¿Un inesperado homenaje suyo a G.B.S.?),
Quizá no hubiera desaparecido del todo, quizá de alguna forma
[sobrevivía en alguien nacido precisamente en la Argentina,
Y que vivía por el momento en Cuba, donde tanto se le amaba,
[con el nombre de Ernesto Guevara, y sobre todo el Che,
Quien había escrito el libro *La guerra de guerrillas*
No indigno de pertenecer a la familia de *Los siete pilares de la*
[*sabiduría* y *Rebelión en el desierto*;
Que ella leyera, por favor, en el libro del Che las líneas sobre la
[falta de sal en la guerrilla,
Comparables con líneas de los místicos cuando hablan de la aridez
[del alma;
Y luego no sé queé pasó en el vasto y noble corazón de la
[verdadera Victoria,
Quiero decir, de la que no sólo fue amada en su cuerpo bello por
[muchos hombres que la recordaron siempre,
Como el arduo suicida en cuyo homenaje un número de *Sur*
[incluyó sin más comentario
Una hoja suelta con la reproducción de Giles de Watteau,
O como me comentó en la primavera de 1967, en París, Jacques
[Lacan, famoso entonces como un cantante de moda,
Al evocarme aquella vez en que la gran argentina le preguntó,
[siendo el muy joven, si quería hablar por teléfono con Ortega,
Sino de la que también fue amada en su alma no menos bella
Por hombres de la envergadura de mi maestro Ezequiel Martínez
[Estrada,
Quien vivió en Cuba durante la invasión de Playa Girón, durante
[la Crisis de Octubre,
Y al regresar a su país me regaló los libros que había recibido en
[el mío,
Algunos cariñosamente dedicados a él por Victoria;
No sé lo que pasó en el corazón de ella
Pero sí sé que aquel comentado número de *Sur* previsiblemente
[triste nunca llegó a ser publicado;
Y también sé que a mi regreso a La Habana
Nuestro canciller, Raúl Roa me telefoneó con un poco de
[vergüenza,
El, que era tan espléndidamente desvergonzado,
Para decirme que el Che, enterado no sé cómo de aquella
[conversación, le había pedido
Que le transmitiera a ese flaco de Retamar
Que si seguía hablando basura por ahí
Iba a verse obligado a no dejarlo salir más de Cuba:
Aunque en realidad no hizo nada parecido, y seguí saliendo y
[entrando alguna vez incluso con él mismo,
Y seguí hablando lo que en aquella ocasión le pareció basura
Y no creo que lo fuera al menos del todo,
Y además sigo pensando en esencia lo mismo.
Y además aquel número de *Sur* felizmente no llegó a publicarse.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando Miguel Angel Asturias, a quien yo había recibido en el
[aeropuerto de La Habana una madrugada de 1959,
Me ofreció una cena en su apartamento bonaerense,
Una cena de la que recuerdo a muchas personas,
Y sobre todo a Estela Canto, quien se paró de cabeza para
[hablarme
Y luego me dejó con dedicatoria en que mencionó al sol de Cuba
[su novela *En la noche y el barro*
Y muchos años después me conmovería con su libro *Borges a*
[*contraluz*, comentado por el joven Andrés Zavala.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Casi con la misma edad que yo tenía
Cuando, no queriendo ser un turista, pero ávido de conocer la
[ciudad,
Paseé por los sitios por los que de seguro paseará ella,
Como el Parque Lezama, ante el cual quizá piense como pensé yo
[que debía llamarse Parque Lezama Lima,
En homenaje al inmenso amigo de sus padres
Que le regaló a ella con sólo pocos meses la cucharita del paladeo,
[según decían,
Su primera y hasta ahora única cuchara de plata;
Corrientes insomne, latiendo como un corazón;
La Plaza de Mayo, ahora y hace tiempo lacerante con sus madres
[y abuelas de sombras, de corajes,
Para las que David Viñas tuvo la audaz sensatez de pedir el
[Premio Nobel, lo que sólo pareció tonto a los tontos irredimibles;
Florida, que parece una calle disfrazada de la simpática aunque
[algo vana calle Florida.
La Boca popular, con la estela de su gotán caminador en el pecho;
El río inmóvil color de león junto a la ciudad;
El primer puente de Constitución y a sus pies
Un impresionante poema que quiso ser una sola palabra;
Y por supuesto las otras estrellas, que fascinaron a los
[conquistadores
Y siglos más tarde a un poeta francés nacido, aunque poco, en
[Cuba,
Estrellas que tuve la felicidad de ver desplegadas sobre una
[estancia no muy lejos de Buenos Aires,
Una estancia de la que he retenido, además de las estrellas, una
[alta magnolia, el brillo de una biblioteca,
La risa de una muchacha esbelta, creo que parienta de Güiraldes,
[y dos o tres cuadros de Figari.
Mi hija mayor y mi otra hija, su bella y profunda hermana,
Aunque no son personas de letras y artes y desvaríos como sus
[padres,
Sino personas de ciencias y otros desvaríos como ellas mismas,
Tuvieron la dicha de crecer oyendo
La pájara pinta, Canción del estornudo, La vaca estudiosa, La
[*mona Jacinta, El brujito,*
y luego *Vals del diccionario, Zamba para Pepe, El '45, Los*
[*ejecutivos,*
Y más tarde aun la dicha de oír y a menudo ver
a Mercedes Sosa, a quien llaman La Negra, aunque los negros en
[Cuba no son como ella,
a Cipe, a Nacha, a Piazzolla, a Les Luthiers, a Fito, a Gieco
Y admiraron en películas, y alguna vez en la vida llamada real,
A la China Zorrilla, que como Lautréamont, Quiroga, Gardel o
[Supervielle tiene más de una patria,
A Susú, a Graciela Dufau, a Pavlovsky, a Luppi, a Brandoni,
Y a su tiempo leyeron cierta agradecible antología de la literatura
[fantástica,
Y otra menos imaginativa de mis queridos vampiros,
Muchos volúmenes de *El séptimo círculo, Ficciones, La invención*
[*de Morel, Los hombres de a caballo, Triste, solitario y final,* o
[*El placer inglés*,
Aunque desgraciadamente aún no el fabuloso *Mascaró el cazador*
[*americano*.
Por todo lo cual la Argentina no es para ellas una tierra incógnita,
[como la Atlántida o Mompracem.
Mi hija mayor va a Buenos Aires
Donde la acogerán amigos como príncipes,
Que es lo que serán un día, por desgracia lejano, todos los
[hombres y todas las mujeres,
Y mi hija mayor tendrá allí experiencias tan inolvidables como las
[que tuve
Hace treinta años en La Reina del Plata,
Según la nombraba la vieja cursilería en que también me formé.
O como le diga ahora la nueva, es decir peor cursilería,
De acuerdo con ciertas modas que suelen llegar un poquito tarde a
[nuestros pagos
Y mi hija mayor probablemente escribirá sus experiencias, esta vez
[sobre todo con su psi,
Cuando mi nieta visite Buenos Aires con la edad que mi hija tiene
[ahora,
Y acaso ponga como exergo de su crónica
Unos versos como éstos memorables (suyo es también el adjetivo)
[que Borges consagró a su ciudad:
"No nos une el amor sino el espanto;
Será por eso que la quiero tanto".

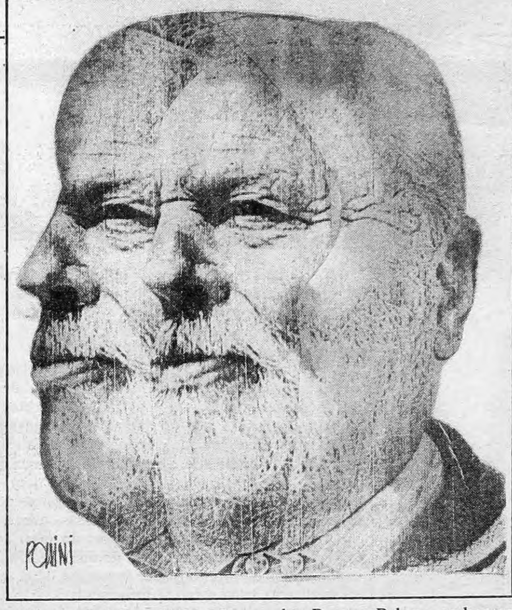
La Habana-Santo Domingo,
6 y 27 de octubre de 1991



EL LOCO DE LOS MEDANOS

5. Galope

Por Guillermo Saccomanno



Gesell el Viejo no era diferente del señor Gesell. Sus rasgos y su conducta habían perfeccionado el encallecimiento de la imagen que se había fijado. Esquemático, tozudo, sus manías y prejuicios habían adquirido la categoría de verdades indiscutibles. Especialmente ahora que la villa había empezado a desarrollarse. Y a los apellidos alemanes se agregaban algunos italianos y españoles. Su delirio había cobrado la forma de un pueblo incipiente. "El loco de los médanos" había demostrado que no estaba loco. Y que los médanos podían dejar de ser médanos. *Es más fácil domar un médano que convencer a un burócrata,* decía. *Los títulos no acortan las orejas del burro*, decía. Y también, a menudo, como una muletilla: *Hay que dar para recibir,* decía. Y sus dichos eran asertos de probada eficacia. *Hay que dar para recibir*, repetía. *Cuando uno iba, él estaba de vuelta*, dicen hoy en el pueblo, los que lo conocieron. *Y a todos, quien más, quien menos, nos ayudó,* dicen. El Viejo prestaba, socorría y financiaba, siendo el banco cuando aún no había banco. Y a su lado, siempre, estaba Doña Emilia, que intervenía inclinando sus decisiones a favor del necesitado. La mirada de Don Carlos, dicen, era a la vez dulce, ingenua, bonachona. Pero también astuta y política. Si es que una mirada puede sugerir todo esto. Don Carlos hablaba ahora desde la historia, su historia, el poder que le había dado llegar donde había llegado, esa oficina dispuesta en la primera casa que había levantado sobre los médanos, escuchando a quienes se acercaban a pedirle, consultarle, proponerle.

A mediados del cuarenta la villa era quince casas, un almacén y una ferretería. Don Carlos daba facilidades a todos los que llegaban. Y subvencionaba la escuela, la estafeta de correos y la policía. A fines de la década, en el lugar había trescientas casas. Y el crecimiento demográfico y edilicio tenía una explicación, otro invento de Don Carlos, el Plan Galopante. *Aquellos que edifiquen dentro del mes de noviembre próximo, gozarán del 50% de descuento sobre el importe que adeuden en el momento de terminar la edificación*, establecía una cláusula. Una vez más, había aplicado una receta de Henry Ford. En su fábrica, Ford se proponía generar productos al alcance de sus obreros. Fomentaba su consumo. Y aumentaba la riqueza del negocio, que vuelta a ser invertida colocaba a Ford en una posición de difícil competencia para sus rivales. Don Carlos fomentaba la construcción. Y cuanto más se construía en su villa, más se cotizaba su tierra. Y el fruto de estas operaciones volvía a invertirlo en una cooperativa de electricidad, en una sociedad de fomento y en el mejoramiento de caminos. *Don Carlos se las sabía todas*, dicen. En 1957 llegó Antón con sus autobuses. Y en 1961 Río de la Plata. Se incentivó la hotelería y la gastronomía. Y los alemanes compartieron el poder económico de la villa con españoles e italianos. Por entonces Rodolfo Kühn ambientó *Los jóvenes viejos* en esta playa que combinaba la naturaleza agreste con una atmósfera de libertad. Las fuerzas vivas se indignaron. Los tenderos defensores de la moral y las buenas costumbres pensaban que el arte era otra cosa.

Campings. Pensiones. Albergues. Boliches que se llamaban Traca-Traca, Tom Tom Macoute, Los Picapiedras y el Huevo. Hippies, mochileros y estudiantes acudían respondiendo al llamado del amor libre, la naturaleza y el anticonsumo. Café concerts y fogones. Solidaridad con Cuba y Guillén. Allende y Quilapayún. Cortázar en el mismo estante que Gyap y Mao. "Para el pueblo lo que es del pueblo", se cantaba. "Para el pueblo, liberación." Y en las paredes, posters del Che, Chaplin y Freud. Y a mediados del setenta se advertía que la villa empezaba a dividirse en dos perfiles arquitectónicos diferentes. La zona norte, por donde se accede, se esforzaba en preservar su exclusividad respetuosa de la tradición alpina. La zona sur, más allá del centro, se expandía en manos de una clase media afanosa por invertir en un lote, y las casas bajas y desparejas iban alternándose con los primeros edificios de propiedad horizontal frente al mar.

Pero tanto el barrio norte como el barrio sur tenían algo en común. Y era que sus moradores, atraídos por la informalidad del lugar, al llegar a la villa se sentían libres y cancheros. El populismo sulfuroso de esos años se resistía a ceder al aburguesamiento que representaba la compra de un terreno. Pero el invento del señor Gesell, Don Carlos, el Viejo, era irresistible. El placer, el goce, como decían algunos, era revolucionario y cuestionador. Y pronto en la villa invirtieron los psicólogos que pasarían de la crítica al sistema a conectarse, después de la dictadura, con la propia identidad; de Laing y Cooper a Lacan y las terapias alternativas, integrando la meditación y las flores de Bach. No faltó tampoco el montonerismo esclarecido, signado por su estigma de clase, los jóvenes creyentes de la teología de la liberación, que imbuidos de un mesianismo sobrador, devendrían en yuppies cínicos de los ochenta. Y en la villa cantaron también presente los futuros sociólogos, atribulados por las miserias de los condenados de la tierra, que en pocos años serían estudiosos del marketing y el comportamiento de las masas consumidoras. Y junto a todos ellos, también, los poetas del porvenir, que habrían de transmutar sus paraísos artificiales y sus iluminaciones por una temporada de por vida en el infierno de la creación por encargo. De noche, en la playa, se amaba junto al fuego, engendrando hijos que se llamarían Camilo, en homenaje al cura guerrillero Camilo Torres; Federico, en homenaje al fusilado García Lorca; Violeta, en homenaje a Violeta Parra; o Paloma, en homenaje a Picasso. Y los Camilos, los Federicos, las Violetas y las Palomas estaban destinados a ser los chicos del Proceso de Reorganización Nacional —nôme de guerre del terror y el exterminio— que dejaría un país estragado y sangrante. Sálvese quien pueda. Y quienes se salvaron, grandes y chicos, años más tarde, ya serían otros. Los grandes, en la playa, al sol, comentando los atracones nocturnos de paella y vino blanco. Los chicos, chapoteando con sus barrenadoras de telgopor, pensando en los jueguitos electrónicos.

El señor Gesell, Don Carlos, el Viejo, era una silueta que de tanto en tanto, por las tardes, se advertía caminando por el pinar con su amante, su señora, Doña Emilia. Los dos tenían más de ochenta años. El vestía camisa blanca, pantalón blanco, alpargatas blancas, a tono con su barba. Ella llevaba un vestido de colores apagados y un suéter sobre los hombros. Al verlos se tenía la impresión de que ambos, el Viejo y Doña Emilia, encarnaban la melancolía. *No te engañes*, me dicen. *El Viejo lo había previsto*, me dicen. *El Viejo quería esto y no otra cosa*, me dicen. *Era un comerciante*, me dicen. *No lo olvides; un comerciante hábil y especulador*, me dicen. *Y en esa época, incurable, el Viejo pensaba en fundar una villa como ésta en la Patagonia y en fabricar un dirigible*, me dicen. *Estaba más lúcido que nunca el loco*, me dicen. *Aunque los hijos le hicieron ese juicio por insania*, me dicen

---

JUEGOS

ENIGMA

Un barco se hunde, y un grupo de náufragos queda a la deriva en una balsa. La capacidad es para cuatro, por lo que deben turnarse, permaneciendo siempre uno en el agua durante dos horas, a riesgo de un ataque de los tiburones. Sol, calor, frío, hambre, son situaciones críticas que enfrentan a los hombres. ¿Le interesa saber cuál era el carácter de cada náufrago, qué edad tenía y dónde nació?

		NAUFRAGO					EDAD					NACIO EN				
		Bud	Dan	Lee	Tom	Vic	25	26	27	28	29	Denver	Nueva York	Ohio	Tucson	Utah
CARACTER	Egoísta															
	Miedoso															
	Sereno															
	Solidario															
	Valiente															
NACIO EN	Denver															
	Nueva York															
	Ohio															
	Tucson															
	Utah															
EDAD	25															
	26															
	27															
	28															
	29															

1. El más sereno asumió el mando, y se postuló a ser el primero en sumergirse. El valiente y el solidario también se ofrecieron, pero el jefe se impuso. Bud y Dan prefirieron ser los últimos.
2. A continuación, los de Ohio y Utah cumplieron sus turnos, siempre ante el silencio de los de 27 y 28 años, que miraban el agua con temor.
3. El miedoso fue el cuarto en sumergirse. Como se resistía, lo obligaron entre el de 28 años y el de Tucson.
4. El último en descender fue Dan, mientras que el de Nueva York dormía.
5. En la segunda sumergida de Tom apareció un tiburón. Entre el de Ohio y el de 26 años lo izaron a la balsa.
6. Vic tenía un paquete de galletas que el jefe, que era el mayor, ordenó racionar. Todos tomaron una, excepto el egoísta que con disimulo se apropió de dos.
7. Lee se dio cuenta y le lanzó un golpe. El de Ohio y el de 29 años lo contuvieron.
8. Al ser rescatados, el solidario resaltó el valor de Lee.

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

	Cabriolé	Embiste	Hogar	Que tiene el mismo tono o sonido		Original		Corriente de agua	
Desacreditar									
Ligan					Previamente			Extraordinarios	
Ciudad de Italia					Prefijo: aire				
	Uva		Camino estrecho						Plantígrado
Vapor					Disparo				
		Hijos de su hijo							
Antecedente					Sin sal				

AYUDAS: Unísono, Vaho

